

AUGUSTO CURY

LA
DICTADURA
DE LA
BELLEZA

y la revolución de las mujeres

Zenith/Planeta

PREFACIO

Durante más de dos décadas, he estudiado como psiquiatra e investigador de psicología la última frontera de la ciencia: el mundo en que se construyen los pensamientos y se genera la inteligencia y la conciencia. Aun así, a pesar de ser considerado un autor de éxito y de haber publicado libros en decenas de países, no me siento un profesional realizado, ya que he vislumbrado una masacre emocional en las sociedades modernas que me quita el sueño y perturba mi tranquilidad.

Por haber investigado la mente humana y haberla tratado, he denunciado esta masacre sutil y sordida en congresos nacionales e internacionales. Ahora ha llegado el momento de escribir sobre ella. He preferido crear un texto de ficción, en lugar de producir uno de divulgación científica, por la necesidad que siento de recrear imágenes inolvidables que se proyectan en mi mente; imágenes de personas que destruyeron su placer de vivir y su libertad.

Cada capítulo es un grito que hace eco en mi alma. He empleado datos reales para la construcción de esta novela. A través de intensas emociones y de apasionantes aventuras, mi objetivo es diseccionar un cáncer social que ha provocado literalmente la infelicidad y la frustración de millones de seres humanos, en especial de mujeres y adolescentes.

Se supone que vivimos en la era del respeto de los derechos

humanos, pero, dado que no conocemos el teatro de nuestra mente, no nos damos cuenta de que nunca antes estos se habían violado en las sociedades democráticas. Estoy hablando de una terrible dictadura que oprime y destruye la autoestima del ser humano: la dictadura de la belleza. A pesar de que son más amables, altruistas, solidarias y tolerantes que los hombres, las mujeres han sido el blanco preferente de esta dramática dictadura. Cerca de seiscientos millones de mujeres se sienten esclavas de esa mazmorra psíquica. Se trata de la mayor tiranía de todos los tiempos y una de las más devastadoras de la salud psíquica.

El patrón inalcanzable de belleza ampliamente difundido en la televisión, en las revistas, en el cine, en los desfiles, en los anuncios... ha penetrado en el inconsciente colectivo de las personas y las ha aprisionado en el único lugar en que no es admisible ser prisionero: dentro de sí mismas.

Tengo bien nítida en mi mente la imagen de jóvenes modelos que, a pesar de ser muy valoradas, odiaban su cuerpo y se planteaban acabar con sus vidas. Me acuerdo de personas brillantes y de gran calidad humana que no querían acudir a lugares públicos por sentirse excluidas y rechazadas por la anatomía de sus cuerpos.

Recuerdo a los enfermos de anorexia nerviosa que he tratado. A pesar de estar excesivamente delgados, reducidos a piel y huesos, controlaban los alimentos que ingerían para no «engordar». ¿Cómo no quedarse perplejo al descubrir que hay cientos de miles de personas en las sociedades ricas que, a pesar de tener la mesa llena, se mueren de hambre porque han bloqueado su apetito debido al intenso rechazo hacia su autoimagen?

Esta dictadura asesina la autoestima, asfixia las ganas de vivir, produce una guerra contra el espejo y genera un profundo autorrechazo. Innumerables jóvenes japonesas repudian sus rasgos orientales. Muchas mujeres chinas desean tener la silue-

ta de las mujeres occidentales. Por su parte, éstas quieren conseguir la rara belleza y el cuerpo excesivamente delgado característicos de las adolescentes de las pasarelas, que suelen estar desnutridas y descontentas con su propia imagen. Más del 98 por ciento de las mujeres no se ven guapas. ¿No es esto una locura? Vivimos inmersos en una paranoia colectiva.

Los hombres han controlado y herido a las mujeres en casi todas las sociedades. Considerados el sexo fuerte, en realidad son seres frágiles, pues sólo los frágiles controlan y agreden a los demás. Ahora han creado una sociedad de consumo inhumana que usa el cuerpo de la mujer y no su inteligencia para vender sus productos y sus servicios, promoviendo, en muchos casos, la explotación sexual. Dicho sistema no tiene como objetivo crear personas resueltas, saludables, felices, sino que las que interesan son las insatisfechas consigo mismas, ya que, cuanto más ansiosas, más consumistas serán.

Hasta niños y adolescentes son víctimas de esta dictadura. Avergonzados por su imagen, angustiados, cada vez consumen más productos en busca de chispas superficiales de placer. A cada segundo se destruye la infancia de un niño en el mundo y se masacran los sueños de un adolescente. Deseo que muchos de ellos puedan leer con atención esta obra para que puedan escapar de la trampa en que, inconscientemente, corren el riesgo de quedar atrapados.

Cualquier imposición de un patrón de belleza estereotipado para atentar contra la autoestima y el placer frente a la autoimagen provoca un desastre en el inconsciente, una grave dolencia emocional. La autoestima es un estado de espíritu, un oasis que se debe buscar en el territorio de la emoción. Cada mujer, hombre, adolescente o niño debería vivir un romance consigo mismo, una historia de amor con su propia vida, pues todos poseemos una belleza física y psíquica singular y única.

Esta afirmación no es jerga literaria prefabricada, sino que se refiere a una necesidad psiquiátrica y psicológica vital, ya que sin autoestima los intelectuales se vuelven estériles, las celebridades pierden su brillo, los anónimos permanecen invisibles, los hombres se vuelven miserables, las mujeres pierden la salud psíquica y los jóvenes no encuentran el encanto por la existencia.

En breve pasaremos a encerrar nuestra vida en el pequeño «paréntesis» del tiempo que nos abarca. ¿Qué tipo de marcas transformadoras vamos a dejar en el mundo en que vivimos? Tenemos que dejar al menos el vestigio de que no fuimos esclavos del sistema social, de que vivimos una existencia digna y saludable, luchando contra una sociedad que se convirtió en una fábrica de personas enfermas e insatisfechas.

Es necesario iniciar una revolución inteligente y serena contra esta dramática dictadura. Los hombres, a pesar de que también son víctimas de ésta, se sienten inseguros a la hora de llevarla a cabo. Esta batalla depende sobre todo de las mujeres. En esta novela, apoyadas por dos fascinantes pensadores, un psiquiatra y un filósofo, ellas emprenden la mayor revolución de la Historia. No obstante, pagan un precio demasiado alto, pues han de enfrentarse a depredadores implacables.

Para llevar a cabo esta revolución internacional saturada de aventuras, lágrimas y alegrías, las mujeres se inspiran en el hombre que más las defendió en todos los tiempos: Jesucristo. Descubren que el Maestro de los Maestros corrió riesgos dramáticos por ellas. Se quedan fascinadas al saber que Él tuvo el valor de hacer de las prostitutas seres humanos de la más alta dignidad y, de las despreciadas, princesas.

DR. AUGUSTO CURY

CAPÍTULO 1

La bella Sarah salió tambaleante de su cuarto y entró súbitamente en el amplio salón del apartamento. Su pelo largo acaracolado estaba revuelto; sus ojos, hundidos; su piel, pálida; y su respiración, jadeante. La modelo estaba prácticamente irreconocible. Al verla, Elizabeth, su madre, se asustó. Asombrada, dejó caer la revista de las manos y pegó un grito.

—¡Sarah! ¿Qué te ha pasado, mi niña? —La desesperación rasgaba su voz.

—Te voy a dejar de molestar. —Su voz salió frágil y pastosa, mientras la joven desfallecía en los brazos de su madre.

—¡Sarah! ¡Sarah! ¡Háblame! —clamaba Elizabeth con el corazón acelerado, un nudo en la garganta y el semblante tenso. Intentó despertar a su hija del sueño profundo del que parecía no haber retorno.

Elizabeth colocó a Sarah en el sofá. Cogió el móvil, pero sus dedos temblorosos a duras penas conseguían marcar los números. La angustia le había robado la coordinación motora. Tan simple tarea se le antojaba dantesca.

Momentos después, llegó la ambulancia. Al ver al médico y a los enfermeros, Elizabeth gritó:

—¡Salven a mi hija! —Las lágrimas empaparon su rostro. Llorando, repetía—: No la dejen morir. Por favor, no la dejen morir...

El médico rápidamente auscultó el corazón de la chica. Aunque descompasado, seguía latiendo. La ambulancia partió a toda prisa hacia el hospital. Unos pocos segundos pueden determinar los momentos más importantes de toda una vida. Aquellos segundos tuvieron un sabor eterno. El trayecto, que era corto, parecía interminable. El sonido de la sirena, que siempre había sido incómodo, ahora agredía los oídos de Elizabeth. Ella quería despertar de la pesadilla, pero la realidad era cruel y angustiante.

Al día siguiente, la nieve caía suavemente, posándose sobre las ramas de los árboles, sustituyendo las hojas por copos de algodón, dibujando un paisaje fascinante. El psiquiatra Marco Polo contemplaba el blanco panorama por la vidriera, cuando su secretaria entró a comunicarle que una mujer, sumida en llanto, quería hablar con él. Con su sensibilidad habitual ante el dolor, se levantó, fue hasta la sala de espera, saludó amablemente a la afligida señora y le pidió que entrara.

Elizabeth se sentó frente a él, lo miró intensamente, pero estaba paralizada y no conseguía pronunciar ni una palabra. De todos modos, éstas eran dispensables, pues los músculos contraídos de su cara acusaban su angustia y las lágrimas que descendían por su rostro, abriendo surcos en su maquillaje, revelaban su dolor. Para Marco Polo, el templo del silencio era el ambiente más elocuente para expresar la fuerza de los sentimientos. Por ello le ofreció un pañuelo y también su silencio. El primero, para que se secase los ojos; el segundo, para permitirle penetrar por las callejuelas de su personalidad en el intento de vislumbrar lo invisible, lo esencial.

Poco después, Elizabeth profirió las primeras palabras con voz temblorosa:

—Mi hija, Sarah, de dieciséis años, ha intentado acabar con su vida. Está internada en un hospital. ¡No me lo puedo creer! —dijo como si se estuviera enfrentándose al más angustioso terremoto emocional. Conmocionada, continuó—: No entiendo su actitud. Lo he dado todo por esa niña. Ha vivido como una princesa, pero nada la satisface. Se ha traicionado y me ha traicionado a mí... —Sus palabras dejaban entrever un sentimiento que alternaba compasión y rabia por la conducta de su hija.

Elizabeth tenía cuarenta y dos años y estaba separada desde hacía tres. El divorcio de la pareja no había afectado a la relación de Sarah con su madre, ya que el ambiente entre ambas ya era pésimo. El padre siempre había sido un tanto desequilibrado, poco afectivo y negativista, y tenía la costumbre de culpar a los demás de sus errores. Nunca había tenido éxito en sus proyectos y con frecuencia necesitaba dinero de su mujer para pagar sus facturas. Elizabeth había soportado el fracaso de su marido, pero no la infidelidad. Cuando se enteró de que la engañaba, rompió la relación.

La distante relación de Sarah con su padre contrastaba con la agitada relación con su madre, pautada por roces, discusiones y acusaciones. En ocasiones, Sarah amenazaba con irse a vivir con su padre, pero, a pesar de estar sumidas en una guerra continua, madre e hija no se abandonaban, no conseguían estar lejos la una de la otra. El hermoso y espacioso apartamento era pequeño para contener los conflictos entre ambas. Indignada y sufriendo, Elizabeth presentó a Marco Polo las paradojas entre su profesión y el mundo de la niña:

—Estoy deprimida y perpleja con todo lo que está sucediendo. Escribo reportajes sobre la autoestima y la felicidad, pero mi hija no tiene ganas de vivir. Oriento a periodistas que trabajan conmigo para que valoren el cuerpo de la mujer, que exal-

ten la belleza y la sensualidad, pero mi hija odia su cuerpo, a pesar de que todo el mundo la considera guapa.

Hizo una pausa para respirar, y él una pausa para pensar.

—¿A qué se dedica, Elizabeth? —preguntó Marco Polo, impresionado por el contraste que describía la mujer. Quería entender si el ambiente profesional y social de la madre había influido en el proceso de formación de la personalidad de la hija.

—Soy gerente editorial de la revista *Mujer Moderna*. —Su respuesta salió sin el entusiasmo con que siempre exaltaba su trabajo.

Los ojos de Elizabeth eran verdes; su pelo, negro y largo, suavemente ondulado. Era una mujer hermosa y una ejecutiva de éxito. Ocupaba la gerencia editorial de una de las revistas más importantes para público femenino de Estados Unidos, con sede en Nueva York. Organizaba las tareas, los materiales y establecía la línea editorial de los reportajes. Coordinaba un batallón de periodistas, fotógrafos y otros profesionales.

Había ganado numerosos premios a lo largo de su carrera. Era determinada, creativa, sabía tomar decisiones y asumir riesgos. Se esforzaba por trabajar en equipo y motivar a la gente, pero no le gustaba que la cuestionaran; tenía tendencia a concentrar el poder y a ejercer autoridad. Era de carácter fuerte y de una inteligencia brillante. Sarah era su única hija. Quería controlarla e influir sobre ella, al igual que hacía con los miembros de su equipo, pero no lo lograba.

A continuación, suspirando, Elizabeth continuó describiendo su inconformismo:

—Sarah está iniciando su carrera de modelo. Tiene una trayectoria magnífica por delante en el mundo de la moda. Millones de niñas desearían estar en su lugar. ¿Cómo puede tirarlo todo por la borda? —dijo, expresando su perplejidad. Y le planteó al psiquiatra la pregunta que se hacía a sí misma, intentan-

do desvelar el hilo conductor de la crisis de su hija—. ¿Cómo puede ser que una persona que ha sido amada, que ha tenido todos los juguetes, que no ha sufrido pérdidas ni privaciones, una niña sociable que ha asistido a fiestas y que ha destacado como alumna en el colegio, se odie a sí misma y deteste la vida? No puedo entender las reacciones de Sarah.

Elizabeth era una mujer pragmática, le gustaban las explicaciones lógicas y no conseguía entender el comportamiento de la chica, ilógico ante sus ojos. No admitía tener una hija emocionalmente enferma y mucho menos haber contribuido a dicha enfermedad. A pesar de ser una ejecutiva brillante, no sabía mirar al espejo de su propia alma ni navegar dentro de su ser, reconociendo sus fallos y percibiendo sus fragilidades.

Para la madre, el éxito de su hija como modelo coronaría sus logros profesionales. El fracaso de Sarah pondría en jaque su filosofía de vida. Llegaba a pensar que la muchacha simulaba algunos de sus comportamientos enfermizos para que ella, como madre, girara en su órbita. Pensaba esto cuando observaba a su hija viviendo momentos alegres o relajados con sus amigas. No conseguía creer que realmente ella estuviera pasando por una crisis depresiva. Sin embargo, la última actitud de Sarah la había chocado profundamente, cambiando su pensamiento.

—¿Consiguen acceder la una al mundo de la otra? —preguntó Marco Polo sin medias palabras, intentando descifrar el código secreto de la relación entre madre e hija.

—Doctor, mi hija es inaccesible. Cuando empiezo a hablarle de algo, ella me interrumpe diciendo que ya lo sabe. Ningún consejo tiene impacto, ninguna orientación es bien recibida. Me siento una intrusa, una pesada que invade su intimidad. Parece que ella disfruta agrediéndome.

—Ninguna personalidad es inaccesible. Depende de la llave que uses —sentenció serena y sabiamente el psiquiatra.

Elizabeth reaccionó con agresividad ante tales palabras:

—Es fácil hablar de una persona que no conoce. Si viviera con mi hija, estoy segura de que no soportaría su agresividad.

Marco Polo notó que Elizabeth no creía en la posibilidad de que se produjeran grandes cambios en la relación con Sarah. Por el embate en que ambas vivían, el psiquiatra tuvo la impresión de que se conocían muy poco; como mucho conocían las salas de visita de la personalidad de la otra. Habían vivido muchos años en una gran proximidad física, respirando el mismo aire, pero eran extrañas compartiendo un espacio común. Ante esto, él miró fijamente a los ojos de la mujer que tenía delante y comentó con seguridad:

—Detrás de una persona que hiere siempre hay una persona herida. Nadie agrede a los demás sin autoagredirse primero. Nadie hace a los demás infelices si no ha sido infeliz antes. —Y espoleando la inteligencia de Elizabeth, dijo—: Piense sobre ello.

Estas palabras calaron en ella, dejándola sorprendida. La madre no conseguía entender el lenguaje de los comportamientos de la hija. Antes de ser modelo, para ganarse un regalo, cambiar de móvil, conseguir un nuevo videojuego, Sarah tenía crisis de ansiedad. A gritos, decía que todos la rechazaban porque era fea. Elizabeth siempre había tratado esos comportamientos como rabietas y manipulaciones, pero acababa cediendo. Por primera vez, empezó a comprender que, por más que su hija quisiera manipularla, sus comportamientos representaban un grito; no por un objeto, sino que eran una llamada de socorro de alguien que sufría y atravesaba conflictos. Afectada por las palabras de Marco Polo, repitió la frase en voz baja, buscando absorberla y entenderla plenamente:

—«Detrás de una persona que hiere siempre hay una persona herida.» —A continuación, dijo—: Pero ¿qué trauma tiene

ella? ¿Qué es lo que le ha faltado? ¿Dónde hemos fallado su padre y yo? —El tono expresaba toda su perturbación.

—Muchos padres se esfuerzan por dar el mundo a sus hijos, pero olvidan darse a sí mismos. Les compran ropa fabulosa, les pagan los mejores colegios, los llenan de regalos, pero no les dan su historia, no les hablan de sí mismos, no les cuentan sus fracasos, sus éxitos, sus pérdidas, sus osadías, sus proyectos... ¿Usted sabe qué sueños tiene Sarah? ¿Ya le ha preguntado cuáles son las lágrimas que nunca se ha atrevido a llorar? ¿Ha descubierto cuáles son sus temores y frustraciones más importantes?

Elizabeth se quedó impactada por las preguntas planteadas por el doctor Marco Polo. Al igual que la gran mayoría de los padres, ella nunca había conversado con su hija sobre sus días más tristes, nunca le había preguntado sobre sus lágrimas ocultas. Se sintió perdida al darse cuenta de ello, ya que, como periodista, había entrevistado a innumerables celebridades, pero nunca le había formulado esas preguntas vitales a la persona más célebre de su vida: su propia hija. El éxito de Sarah era tan evidente que ni siquiera su madre le había preguntado seriamente si su gran sueño era ser modelo o si desearía cambiar la fama, el dinero y el estatus por una carrera más simple.

—Siempre he pensado que conocía a mi hija, pero ahora lo dudo. Me siento culpable y fracasada como madre —comentó, como si no pudiera sustentar sus convicciones.

—Padres maravillosos fallan intentando acertar. No tenga miedo de entrar en contacto con sus errores, pero tenga cuidado, pues la culpa destruye o construye. Si la dosis de culpa es pequeña, nos estimula a reflexionar o corregir la ruta, pero si es intensa, bloquea la inteligencia y fomenta la depresión.

Elizabeth respiró un poco más aliviada. Ella había acudido al doctor Marco Polo siguiendo el consejo de Julia, una de las

periodistas de su equipo, que había sido tratada por él. Le había dicho que él era instigador, osado, transparente. La psicoterapia la había ayudado a superar sus frecuentes crisis depresivas, asociadas a una vida pesimista y dependiente. Julia vivía dominada por una necesidad neurótica de prestigio y aprobación de los demás.

Una frase inolvidable del doctor Marco Polo había impulsado un cambio en su vida: «Julia, si no deja de ser espectadora pasiva de su enfermedad psíquica, si no se convierte en actriz principal del teatro de su mente, perpetuará su enfermedad, incluso tratándola». Bajo el impacto de estas palabras, ella comprendió que estaba alimentando su enfermedad. Tenía miedo de equivocarse, de decir «no» y de expresar su deseo y su pensamiento. Entonces decidió dejar de ser víctima de su historia.

Así, Julia dio un salto enorme en su calidad de vida, perceptible a los ojos de todos sus compañeros de trabajo. Rompió con un novio que la humillaba, la agredía y la controlaba. Se volvió intrépida, alegre y comenzó a escribir textos más osados para la revista. El cambio visible de Julia motivó a Elizabeth a acudir al terapeuta que la había tratado, aunque alimentara pocas esperanzas de que pudiera hacer lo mismo por su hija.

—¿Cómo voy a poder corregir mi relación con Sarah si ella me critica todo el tiempo y, peor aún, si vive castigándose, no se ama, no ama la vida, no ama a sus amigos, en fin, si parece no amar nada? Ya se ha tratado con tres psicólogos y ha recibido seguimiento de dos psiquiatras. Ninguno de estos tratamientos duró más de un mes. Llegó a decir que los psiquiatras son tontos, que no entienden nada sobre ella. Sarah es muy resistente e insatisfecha. Incluso reniega del éxito, del asedio, de los elogios, de los premios que recibe. —Elizabeth suspiró desanimada—. Me siento incapaz de ayudarla.

—¡Excelente! —exclamó Marco Polo, sorprendiéndola—. Lo mejor para conocer la caja de secretos de la personalidad de alguien es reconocer nuestra impotencia para abrirla y descifrar sus códigos. Deje de lado lo que cree que sabe sobre Sarah. Comience un nuevo capítulo en su historia con ella. Ábrase a nuevas posibilidades. Intente ir más allá del escaparate de su comportamiento.

—Entre mi hija y yo hay una gran montaña.

—No tropezamos con las grandes montañas, sino con las piedras pequeñas —dijo poéticamente el pensador de la psiquiatría.

Estas palabras dejaron a la madre extasiada y reflexiva. Empezó a darse cuenta de que las desavenencias y las ofensas mutuas comienzan en las pequeñas cosas. Pero luego entró en algunas zonas de conflicto de su inconsciente y, de nuevo, volvió a hacer gala de su pesimismo.

—Mi hija ya me ha dicho cuatro veces que me odia —reveló con profunda tristeza y vergüenza.

—El odio es una piedra bruta del territorio de la emoción que puede estar cerca o infinitamente lejos del amor —aseveró con énfasis Marco Polo—. Dependiendo del artesano que la pule, ésta puede transformarse en la experiencia más sublime del amor.

Las frases de Marco Polo desbloqueaban poco a poco la inteligencia de Elizabeth. Él irrigaba su ánimo y expandía su visión sobre la vida, dándole una perspectiva multifocal. Ella volvió a hablarle sobre los conflictos de Sarah. Su hija perseguía un patrón perfecto de belleza y por ello rechazaba algunas partes de su cuerpo, odiando particularmente la anatomía de su nariz. La hermosa modelo la consideraba monstruosa. Después de años de insistencia, la madre aceptó que la hija se sometiera a una operación de cirugía plástica con un cirujano de

confianza. Tras la cirugía, sorprendentemente, Sarah había entrado en una grave crisis emocional y había intentado suicidarse. Se tomó todos los medicamentos que encontró.

Marco Polo no era solamente un psiquiatra que atendía a sus pacientes en su consulta. También era investigador en psiquiatría y psicología, un pensador de la filosofía. Tenía una amplia visión del ser humano. Escribía artículos y libros sobre el caos de la calidad de vida de las personas en las sociedades modernas.

Estaba convencido de que el asesinato de la autoestima de Sarah no era un caso aislado. En los últimos años, se preocupaba extrañamente al darse cuenta de que millones de mujeres adultas, adolescentes e incluso niñas estaban descontentas con la imagen de su cuerpo, vivían paranoicas en busca de un patrón de belleza inalcanzable. El psiquiatra era plenamente consciente de que el autorrechazo encerraba al ser humano en la más profunda mazmorra psíquica.

Para él, los hombres también se iban hundiendo cada vez más en los pantanos de un falso ideal de belleza y, consecuentemente, desarrollando una serie de trastornos psíquicos. Lo que más intrigaba a Marco Polo era observar que en las generaciones actuales se estaba produciendo un entristecimiento colectivo de la humanidad. Era de esperar que, en el siglo XXI —con el acceso a la poderosa industria del ocio que sobrevalora la imagen, como la televisión, el cine, las revistas e internet—, la gente se convirtiera en la más feliz que hubiera pisado el enigmático escenario de esta Tierra. No obstante, las personas parecían cada vez más infelices, pues la emoción no reacciona con una alegría estable e intensa.

La era de la imagen había traído consigo una expansión de la belleza estética en diversas áreas de la actividad humana. Sin

embargo, en el ámbito de la autoimagen y de la imagen del ser humano ante los demás, había causado un estrago en el inconsciente, haciendo que gran parte de las personas perdieran el sentido de la magia, de la suavidad, de la levedad del ser, del encanto por la vida, lo que afectaba drásticamente a la salud emocional y a las relaciones sociales. Marco Polo investigaba esta paradoja, la cual le quitaba el sueño. Para intentar ayudar a Elizabeth a superar sus conflictos con Sarah, él habló en un lenguaje simple sobre el poder de la imagen en el proceso de construcción de las relaciones humanas.

Comentó que los seres humanos nos relacionamos con los demás no por lo que son en sí, sino por las imágenes que de ellos tenemos archivadas en el subsuelo de nuestra personalidad, en el inconsciente. Las críticas, los roces, las agresiones, así como los sentimientos de desconfianza, incomprensión e intolerancia construyen sutilmente estas imágenes en las ventanas de la memoria. Explicó que son éstas las que dictan las reglas de la relación, las que determinan si las personas han actuado con gentileza y amabilidad o con impulsividad e irritabilidad las unas con las otras. Dos personas encantadoras son capaces de vivir en pie de guerra si las imágenes archivadas en su inconsciente son pésimas. Además, añadió que no es posible apagar estas imágenes, como en los ordenadores; sólo reeditarlas.

A continuación, reveló a Elizabeth algunos secretos para alcanzar el territorio inconsciente de las personas con las que ella tenía conflictos, en especial el de Sarah. Dijo que debería empezar conquistando la emoción de su hija y, después, su razón. Si intentara conquistar primero la razón, apuntando a los errores y fallos de Sarah, cabría la posibilidad de que se perpetuaran los conflictos entre ambas. Era preciso explorar el suelo de la emoción de la hija, sorprendiéndola en las pequeñas cosas, hablando de lo que nunca se había atrevido a hablar, teniendo gestos

nunca expresados. Debía abrazarla cuando Sarah esperara una regañina, hacerle un elogio cuando esperara un rechazo.

Recomendó que la famosa gerente editorial se humanizara, saliera de su pose de ejecutiva y liberara su creatividad para ser fotógrafa en la psique de Sarah de una forma nueva y afectiva. No le dio reglas, sino que le mostró el camino de la sabiduría. Terminó su exposición diciendo:

—La vida es un contrato de riesgo. Puedes convivir con millones de animales de otras especies y nunca tener problemas, pero, si convives con un ser humano, por buena que sea la relación, habrá problemas y decepciones. —Con osadía, completó—: Todos fallamos y frustramos a los demás y éstos nos frustran a nosotros. Todos estamos enfermos en algún área de nuestras personalidades; unos más y otros menos, inclusive los psiquiatras y psicólogos. La sabiduría no consiste en ser perfecto, sino en saber que no lo somos y en tener la habilidad de usar nuestras imperfecciones para comprender las limitaciones de la vida y madurar. No culpe a Sarah: conquístela. No se culpe a sí misma: ¡conquístese! Yo ya he desistido de ser perfecto, ¿y usted? Sólo una persona incompleta necesita nuevas conquistas.

La ilustre periodista suspiró profundamente, relajó sus músculos y esbozó una sonrisa serena. Se zambulló en la sabiduría del intrigante pensador. Por primera vez, se desarmó y no se sintió culpable por sus errores. Recordó los obstáculos que había superado al inicio de su carrera. Tuvo que luchar mucho para ver materializados sus proyectos y conquistar a la gente. Ahora tenía otro gran desafío: salir de la rutina, reconstruir una relación destrozada y conquistar a la casi inconquistable Sarah.